JOAQUIN ALVAREZ HERRERA Y ANTONIO PANTION PEREZ

IRRESPONSABLES

Zarzuela dramática en un acto, dividida en tres cuadros,

ORIGINAL



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado núm. 24
1923

IRRESPONSABLES

Zarzuela dramática en un acto, dividida en tres cuadros,

ORIGINAL DE

JOAQUÍN ALVAREZ HERRERA

MÚSIOA DE

ANTONIO PANTIÓN PÉREZ

Estrenada con gran éxito

en el Teatro del Duque, de Sevilla, la noche del 17 de Abril de 1923

SEVILLA
Tip. Zarzuela, Alvarez Quintero 72
1923

Al Sr. D. Manuel Alvarez Zorrilla:

A quién mejor que a ti, mi querido padre, debo dedicar esta obra; acéptala con la misma voluntad y entusiasmo que te la dedica tu hijo

Joaquín.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	Srta. Rivas.
PURA.	Sra. Benítez.
ISABEL	» Paredes.
JOAQUIN (Sacristán).	Sr. Morillo.
DON JOSE (Farmacéutico).	» Fornes.
DON ANTONIO (Padre de Luisa y cacique del pueblo).	» Rubio.
JESUS.	» Lledó.
DON SALVADOR (Maestro de Escuela y padre de Jesús) . . .	» Hernández.
UN BOTONES.	» Moriña (A.)
JUAN (Trabajador dedicado a la faena agrícola)	» González.
BASTIAN (Gitano).	» Latorre.
DON FEDERICO (Médico)	» Ruíz.
FERNANDO.	» Latorre.
SOCIO 1.º.	» Benavides.
SOCIO 2.º.	» Moriña (P.)
VARIOS SOCIOS CURIOSOS	

La acción en un pueblo de Andalucía.—Las indicaciones del lado del actor.—Epoca actual.

ACTO ÚNICO

Cuadro primero

La escena representa una plazuela de un pueblo de Andalucía; a la derecha del espectador, puerta practicable con el rótulo de «Casino», algunos sillones de mimbre y dos veladores en la puerta. A la izquierda puerta practicablé, con el rótulo de «Farmacia». Al levantarse el telón, aparece por el Casino JOAQUIN. Usa una sotana maravillosamente vieja.

JOAQUÍN. ¡Vaya un día!... El cepillo de las ánimas, vacío; el cepillo de San José, vacío; el cepillo del culto Divino, vacío; y yo, lleno: lleno de manchas; y resulta, ¡qué ironía! resulta, que estoy lleno de manchas y tengo tres cepillos. (Aparece el Botones por la puerta del Casino.)

BOT. ¡Hola, chupa cirios!

JOAQUÍN. ¡Niño! ¿Tú no sabes cómo yo me llamo? ¡Mucho ojo conmigo! que con la misma facilidad que me chupo un cirio, me chupo la sangre de un sinvergüenza.

BOT. No te pongas así...

JOAQUÍN. ¿A que no sabes por qué en este pueblo no hay vergüenza?

BOT. Me lo figuro.

JOAQUÍN. Vamos a ver.

BOT. Pues... en este pueblo no hay vergüenza, porque... porque... porque no la hay.

JOAQUÍN. Te lo explicaré. Cuando Dios hizo el mundo, llamó a San Pedro y le dijo: Mira, Perico: ya está formado el mundo, pero le falta la vergüenza. Echa mucha, para que todo el mundo la tenga. El portero de la gloria se llevó un año echando vergüenza; pero dió la casualidad, de que se quedó un poco dormido y en este pueblo no cayó ni una chispa.

BOT. Eso tiene gracia.

JOAQUÍN. Eso es la chipén. Tráete un chato; anda.

BOT. ¿Quieres de tapa un boquerón?

JOAQUÍN. ¿Cómo está?

BOT. De salud, no sé decirte; lo que sé, es que está frito.

JOAQUÍN. Entonces está igual que yo. Tráelo.

BOT. ¿Si quieres otra cosa? Te puedo traer bencina para la sotana. (Mutis por el Casino.)

JOAQUÍN. ¡Valiente niño este!

(Aparece D. José por la puerta de la Farmacia.)

D. JOSÉ. ¡Joaquinito!

JOAQUÍN. ¡Hola, D. José!... ¡Qué buen traje llevaba V. puesto ayer!

D. JOSÉ. ¡Ah, sí! De ropa estoy bien. Tres me he mandado hacer de esos frescos.

JOAQUÍN. ¡Qué suerte la de V.! ¡Tres frescos! Y yo uno y siempre borracho... de bencina.

D. JOSÉ. ¡Bueno, hombre! ¿Cómo ha estado la mañana?

JOAQUÍN. ¡Infernal! No ha caído en los cepillos ni una gorda.

D. JOSÉ. ¡Vaya por Dios!

JOAQUÍN. El cura dice, que mañana piensa rifar entre los fieles... adivine V.

D. JOSÉ. ¿Qué va a rifar?

JOAQUÍN. Cien días de indulgencia.

D. JOSÉ. ¡Pero eso es jugar con las cosas sagradas!

JOAQUÍN. El cura afirma que este pueblo es muy bruto y necesita mucha indulgencia. ¿Y cómo va su negocio, don José?

D. JOSÉ. Con decirte que pienso cerrar la Farmacia. Este mes

se han muerto cinco y los cinco se han muerto de repente.

JOAQUÍN. ¡Como pa pegarse un tiro!

D. JOSÉ. ¿A que no sabes por qué el domingo pasado puse el cinematógrafo al aire libre? Te lo voy a decir en secreto.

JOAQUÍN. Ya sabe V. que para los secretos soy un sordo-mudo con los brazos amputados.

D. JOSÉ. Pues bien; puse el cine al aire libre, y puse quinientas sillas, para que se sentara la gente gratis, por supuesto; anuncié el espectáculo a las doce de la noche; yo me dije: «como hace frío a dicha hora, se resfrían unos pocos, y por lo menos, vendo pastillas para la tos, y si hay un par de pulmonías, miel sobre hojuelas». ¿Tengo ingenio?

JOAQUÍN. Mucho ingenio y muy malas ideas.

D. JOSÉ. Hay que vivir, Joaquinito: ¡Yo no quiero que se muera nadie, pero que ni negocio no se paralice! Bueno: pues asistió al espectáculo medio pueblo y no se resfrió más que uno.

JOAQUÍN. ¿Quién?

D. JOSÉ. Yo.

JOAQUÍN. Eso no hay más que repetir la suerte.

D. JOSÉ. ¡Ni pensarlo! Ya le he tomado miedo a los negocios. En todos los asuntos que me meto, la fatalidad me persigue. Antes de establecerme en este pueblo, tenía yo una funeraria; bueno: pues a pesar de la propaganda que hacía, me costó el negocio nueve mil reales.

JOAQUÍN. ¿Propaganda?... ¿Qué propaganda cabe en ese negocio?

D. JOSÉ. Sí; a la familia que necesitaba una caja grande, le regalaba una caja chica.

JOAQUÍN. ¿Y le daban a V. las gracias por el regalo?

D. JOSÉ ¡Si las maldiciones dolieran, estaba yo en un puro grito... Me he dejado el tabaco en casa. ¿Tú no tendrás?

JOAQUÍN. Yo, ni aquí, ni en casa.

D. JOSÉ. (Llamando.) ¡Pura!... ¡Pura!...

Aparece PURA en la puerta de la Farmacia. Es una solterona con más edad que le hemos anotado, y más fea que una maldición. Una calamidad.

PURA. ¿Me llamas, hermano?

D. JOSÉ. Sí, tráete la petaca y los cerillos.

PURA. Buenas tardes, Joaquinito...

JOAQUÍN. ¡Adiós, Pura!

PURA. ¡Estás perdido!

JOAQUÍN. ¡Pero perdido! Y tú tan hermosa...

PURA. ¡Adulador!

D. JOSÉ. Anda y trae eso.

PURA. ¡Ay! (Mutis.)

JOAQUÍN. ¿Y su hermana piensa quedarse para vestir santos?

D. JOSÉ. Por lo visto...

JOAQUÍN. Pues es lástima. (Aparte.) Que no los esté vistiendo ya.

D. JOSÉ. Yo tengo la culpa. Mi hermana tiene de dote dos mil duros. Yo no quiero que se sepa, porque es mi deseo que el que *cargue* con ella...

JOAQUÍN. ¿Eh?

D. JOSÉ. Que el que se case con ella, lo haga por cariño y no por el interés.

JOAQUÍN. Comprendido.

D. JOSÉ. Desde hoy empiezo a divulgarlo por el pueblo; se va haciendo vieja y la conciencia me remuerde. Ella misma no sabe que tiene esa fortuna. (Aparece el Botones.)

BOT. D. José: haga el favor de pasar; le llama D. Antonio. (Mutis.)

JOAQUÍN. ¿Pero ha hecho V. las paces con el cacique?

D. JOSÉ. A la fuerza ahorcan; ya sabes que la otra noche me soltaron un tiro que me atravesó el sombrero; ese tío tiene mala sangre y mucho poderío y mucho dinero, y el que se pone frente a él hipoteca el pellejo. (Mutis por el Casino.)

JOAQUÍN. ¡Dos mil duros! Yo me caso con esa vieja... Será mi tabla de salvación. ¡Ya lo creo que me caso! (Toca las palmas y aparece el Botones.) ¡Niño! ¿Y el chato?

BOT. Iba a traerlo, pero D. Antonio se opuso; dice, que no se sirve vino a los que no son socios.

JOAQUÍN. Está bien. No está bien, pero está bien.

BOT. Está bien, para eso es el amo del pueblo. (Mutis.)

JOAQUÍN. Ese tío está abusando de nosotros, se ha convencido de la cobardía y de la ignorancia de este pueblo y nos trata con desprecio y a puntapiés... Hasta que dé con la horma de su zapato... (Aparece Pura.)

PURA. ¿Y mi hermano?

JOAQUÍN. En el Casino. Echaré un cigarro... ¿me das la petaca?

PURA. Ya lo creo; puedes disponer de mi petaca; bueno: de la petaca de mi hermano.

JOAQUÍN. Gracias, Pura. (Suspira.) ¡Ay! ¡Ay!...

PURA. ¿Por qué suspiras?

JOAQUÍN. Porque me traes loco.

PURA. No te burles... Joaquinito.

JOAQUÍN. Yo no me burlo; es que estás ciega... Es que no ves... (Se guarda la petaca.)

PURA. Sí: veo que te guardas la petaca.

JOAQUÍN. Es verdad. (Se la devuelve.) ¡No te digo que estoy loco! ¡Ay! ¡Ay!...

PURA. Yo me retiro, que la gente... ¡Tú sabes lo que es la gente!

JOAQUÍN. Espera, que no puedo callar más; yo estoy desesperado... voy a hacer una barbaridad. Voy a tomar cerillas. (Medio mutis.)

PURA. ¡No! ¡No te envenenes!

JOAQUÍN. ¡Si son para encender el cigarro!

PURA. ¡Ay, qué susto... Toma cerillas. (Le da la caja.)

JOAQUÍN. Gracias, luz de mis ojos. ¡Luz de mi alma! (Aparte.) Dios mío, lo que hace la luz.

PURA. ¿Pero es verdad que soy luz para ti?

JOAQUÍN. ¡Para mí eres la *luz!* Hace tiempo que mi pasión está oculta, que mi pasión se encuentra en el misterio, (Se guarda la caja de cerillas.) y aunque debía de guardármela...

PURA. No te la guardes! No te guardes la caja.

JOAQUÍN. Estoy nervioso... No sé lo que hago... Me consume, me devora la pasión. (Se arrodilla.) ¡Te quiero, Pura, te quiero!

PURA. ¡Joaquinito, levanta!

JOAQUÍN. Como no te cases conmigo, no hay quien me levante.

PURA. ¡Levántate! ¿Y cuándo nació en ti esa pasión?

JOAQUÍN. Ahora mismo.

PURA. ¿Eh?

JOAQUÍN. Que ahora mismo te lo voy a decir. Hace cinco años.

PURA. ¡Cinco años sufriendo por mí! ¡Eres muy corto!

JOAQUÍN. Como yo, desde chico, no he hecho más que ayudar a misa y repicar...

PURA. ¿Tanto me quieres?

JOAQUÍN. Tú eres para mí, el premio gordo.

PURA. ¡Exageras!

JOAQUÍN. ¡Te digo la verdad! ¡Rica!

PURA. ¡No me digas rica!

JOAQUÍN. ¡Si lo eres! ¿Qué me contestas?

PURA. Que te quiero, Joaquinito.

JOAQUÍN. ¡Bendita sea tu abuela! ¡Y no ayudo a misa más! ¡Ni repico!

PURA. No, no. Debes seguir repicando, hasta que nos casemos. Hasta luego, nene.

JOAQUÍN. Hasta luego, nena...

PURA. Adiós. (Mutis por la Farmacia.)

JOAQUÍN. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Encomiéndate a Dios! ¡Me salvé! Porque la situación mía es, como para meter en un saco la plata de la Iglesia y hacer mutis en un aeroplano.

Mutis por la derecha.—Aparecen por el Casino D. JOSÉ, D. ANTONIO y D. SALVADOR.

D. ANT. ¡Conque no se volverá V. la camisa!

D. JOSÉ. Desde hoy, me considero su esclavo.

D. ANT. ¡Mucho ojo conmigo! En este pueblo soy yo el amo. El Rey; para eso tengo mucho dinero, mucha voluntad y mucha influencia; el que está en contra mía, está en contra de su pellejo...

D. José. Lo sé, D. Antonio.

D. Ant. Retírese que tengo que hablar con el maestro.

D. José. Siempre su esclavo. (Mutis por la Farmacia.)

D. Ant. Siéntese V., D. Salvador. (Se sienta.) Con esta, van dos veces que se atreve a desobedecer mis órdenes; ya le dije en otra ocasión, que usa un método de enseñanza demasiado libre.

D. Salv. Uso un método moderno: los niños que asisten a mi escuela han de ser en lo futuro, hombres capacitados, hombres libres, que no se amolden a las injusticias y a las idioteces; hombres, en una palabra, que lleven los cerebros cultivados, para que en vez de formar un rebaño estúpido de eunucos morales, formen un ejército de personas inteligentes y buenas, que laboren para la prosperidad y engrandecimiento de España.

D. Ant. ¿A V. no le pagan su sueldo?

D. Salv. Sí.

D. Ant. ¿Pues qué le importa que los niños aprendan o no aprendan?

D. Salv. Me importa.

D. Ant. Terminará V. por que me queje al Gobierno y sea destituído.

D. Salv. Haga lo que guste.

D. Ant. Hoy los Quijotes terminan en la cárcel o en la miseria.

D. Salv. Todo es preferible a convertirse en Sancho.

D. Ant. Vamos a otro asunto. ¿V. piensa continuar dándole conferencias a los obreros?

D. Salv. Todas las noches.

D. Ant. Su traslado no tarda cuatro días.

D. Salv. Bueno. De más sabe V., que mis conferencias no atacan a ninguna institución. Persuado al obrero, de que la taberna prostituye e idiotiza; les hablo de sus obligaciones y de sus derechos; les inculco ideas de amor y de sacrificio; voy segando en sus corazones con las hoces de la verdad y de la fe, los malos sentimientos y cultivo sus inteligencias; les recomiendo el

trabajo, la dignidad, el cariño mutuo. ¿Qué perjuício causan mis conferencias?

D. ANT. ¡Mucho!

D. SALV. ¡No lo entiendo!

D. ANT. ¡Me entiendo yo! Y vamos al asunto más escabroso... ¿V. sabe que su hijo Jesús ha puesto los ojos en mi hija Luisa?

D. SALV. Lo sé.

D. ANT. V. comprenderá, que no estoy dispuesto a permitir ese cariño desigual...

D. SALV. Mi hijo será muy pronto abogado.

D. ANT. Sin pleitos.

D. SALV. ¡Quién sabe!

D. ANT. V. le prohibe terminantemente a su hijo, que le dirija la palabra a mi Luisa.

D. SALV. Los cariños que están arraigados, aunque se prohiban es inútil.

D. ANT. Por lo que veo, no podemos entendernos... Bien; la guerra será a muerte.

D. SALV. Reflexione...

D. ANT. No se queje del mal que le sobrevenga, ya sabe... «El que está en contra mía, está en contra de su pellejo». Adiós. (Mutis derecha.)

D. SALV. V. lo pase bien. (Aparece Jesús.)

JESÚS. ¡Padre! ¿Hablaba V. con D. Antonio?

D. SALV. Sí, hijo mío: nos amenaza; a mí me prohibe que continúe dando conferencias y mi método de enseñanza. ¿Tú qué opinas?

JESÚS. Que siga V. conduciéndose como hasta aquí. El hombre que se doblega injustamente a otro, pierde su libertad y se convierte en un esclavo.

D. SALV. Opinas exactamente igual que yo: además, se opone terminantemente a tus relaciones con su hija.

JESÚS. ¿V. qué me aconseja?

D. SALV. ¿La quieres?

JESÚS. Sin ella, sin su cariño, mi vida sería una tristeza; es

mi única ilusión, me la quitan y ha de ser como si no viviera.

D. SALV. Pues sigue con tu ilusión; esperemos con sangre fría los males que ese hombre nos busque y nos defenderemos de sus artimañas y de sus astucias. ¿Quieres tomar café?

JESÚS. No: la estoy esperando; ya viene para oir misa.

D. SALV. Adiós; En el Casino estoy. (Mutis.—Aparece Luisa.)

JESÚS. ¡Luisa! (Se abrazan.)

LUISA. ¡Jesús!

MÚSICA

JESÚS.

Desde que te conocí
tengo perdío el sentío,
si es que te miro me muero
me muero si no te miro.
Te quiero más que a mi madre,
te quiero más que a mí mismo,
la salvación de mi alma
la diera por tu cariño.

LUISA.

El cariño que me tienes
lo pago con mi cariño,
que si tu cariño es grande
cariño grande es el mío.

JESÚS.

Déjame que tus manos estreche,
déjame que me mire en tus ojos,
déjame disfrutar del encanto
de tus labios rojos.
Cuando no te contemplo a mi lado
la tristeza y el tedio me mata,
pues eres la ilusión de mi vida
la luz de mi alma.

LUISA.

Júrame que tu amor será eterno,
júrame no olvidar tus promesas,
júrame que por nada del mundo
te irás de mi vera.

Cuando no te contemplo a mi lado,
la tristeza y el tedio me matan,
pues eres la ilusión de mi vida
la luz de mi alma.

JESÚS. Juro que he de quererte
con un cariño ciego,
con un cariño grande,
con un cariño inmenso.
Juro que mi cariño
no ha de ser traicionero,
que ha de ser infinito
y que ha de ser eterno.

LUISA. También he de quererte
siempre, como te quiero
y no habrá quien ablande
mi voluntad de hierro.
He de quererte siempre
con un cariño ciego,
con un cariño grande,
con un cariño eterno.

JESÚS. Eres en el mundo
mi única ilusión.

LUISA. Siempre serás dueño
de mi corazón.

HABLADO

JESÚS. ¡Qué feliz soy, Luisa! Cuando te tengo cerca, y aspiro el perfume de tu cuerpo, y me miran tus ojos bonitos y me dicen que me quieren tus labios, mezcla trastornadora de claveles, de mieles y de fresas, me parece que es mentira tanta ventura, creo que sólo es un sueño agradable.

LUISA. Pues no es sueño; a menos que tú duermas como las liebres.

JESÚS. Es verdad que no sueño, es imposible que se sueñen alegrías tan grandes.

LUISA. ¡Embustero!

JESÚS. ¡Alma mía! ¿Sabes que una nube obscurece el cielo de nuestra dicha?

LUISA. Lo sé.

JESÚS. Tu padre se opone a nuestro cariño.

LUISA. Lo sé, Jesús; pero ríete de esa nube; la disipará el sol de nuestra voluntad, la luz de nuestro cariño.

JESÚS. Eres una mujer valiente.

LUISA. No soy valiente; es que te quiero.

JESÚS. No me lo digas otra vez, que me va a dar una congestión de alegría.

LUISA. Es que te quiero. ¿Ves como no te da la congestión? ¿Ves como eres un embustero?

JESÚS. Esta noche me esperas en la ventana.

LUISA. Como siempre.

JESÚS. Pues hasta la noche.

LUISA. Hasta la noche. (Al estrecharse las manos, aparece D. Antonio.)

D. ANT. ¡Muy bonito! En una señorita está muy bonito eso... Has llegado hasta el extremo de dejarte manosear por un hombre en medio de la calle.

LUISA. ¡Padre!

D. ANT. En cuanto a V., tengo la seguridad de que ha de dejar en paz a mi hija. Diga cuánto dinero quiere por renunciar a *ese cariño.*

JESÚS. No tiene V. derecho a insultarme.

D. ANT. Pero tengo derecho a soltarte un tiro, en cuanto te vea otra vez hablando con ella.

LUISA. ¡Padre!

D. ANT. Ya lo sabes: o dinero o un pistolazo. Escoje, habla.

JESÚS. Vaya V. cargando el revólver. (Mutis.)

D. ANT. Espero que seré obedecido; mientras yo viva, me opongo terminantemente a esas estúpidas relaciones.

LUISA. Es un muchacho bueno; no tiene dinero, pero muy pronto poseerá un título.

D. ANT. No discutamos más. Tú te casarás con quien yo te mande.

LUISA. Con él o con nadie.

D. Ant. ¿Te rebelas?

Luisa. Me defiendo.

D. Ant. Hoy mismo comienzo a hacer gestiones para encerrarte en un convento.

Luisa. Seguiré queriéndole...

D. Ant. No me irrites, Luisa: conoces mi temperamento... soy capaz de *todo:* hasta de interponer entre ustedes una infamia o un crimen.

Luisa. Será entonces nuestro cariño infame o criminal, pero no dejará de ser cariño.

D. Ant. ¿Te pones en contra mía?

Luisa. No: ese cariño es mi felicidad, y me revuelvo y me resisto y moriré, antes que renunciar a ser feliz.

D. Ant. Piénsalo bien. (Toca las palmas y aparece el Botones.) Acompaña a mi hija. (Mutis de Luisa y del Botones por la derecha, don Antonio por la Farmacia.—Aparecen D. SALVADOR y JUAN por el Casino.)

D. Salv. Siéntate, Juan. ¿Tan grave es el asunto? (Se sienta.)

Juan. Lo es, D. Salvador.

D. Salv. Habla: ya te escucho.

Juan. Ayer estuvo en el cortijo el amo.

D. Salv. ¿D. Antonio?

Juan. ¡Ese canalla! Los trabajadores estaban en el pueblo, y yo también ausente, pues me mandó al cortijo inmediato, sin duda para no tener quien le impidiera la infamia que realizó.

D. Salv. ¿Una infamia?

Juan. Ese tío, hace tiempo que venía haciéndole proposiciones vergonzosas a mi sobrina; convencido de que ni las súplicas, ni las amenazas, ni los ofrecimientos, lograban rendir su honradez, concibió el pensamiento asqueroso de lograrla por la fuerza; ayer cometió el atropello repugnante.

D. Salv. ¡Qué vergüenza!

Juan. Mi sobrina, llena de terror y de indignación, primero gritó pidiendo auxilio; luego, al ver que nadie acudía a impedir aquel acto salvaje, se defendió con bríos de

leona herida, de la lujuria de aquel miserable; le escupió, le arañó, le mordió...; después de una hora de lucha desigual, rendida de tanto esfuerzo, cayó desmayada.

D. SALV. ¿Y consumó el crimen?

JUAN. Se puso al nivel de una fiera.

D. SALV. Es espantoso.

JUAN. Yo no quiero tomar ninguna determinación, hasta saber lo que V. me aconseja.

D. SALV. La solución está clara; es viudo y puede y debe reparar la deshonra de tu sobrina, casándose con ella.

JUAN. ¿Pero accederá?

D. SALV. Yo hablaré luego con él; o se casa con tu sobrina, o los tribunales se encargarán de juzgar su delito.

JUAN. Gracias, D. Salvador...

D. SALV. No tienes que agradecerme nada; los hombres que están al lado de la justicia y de la razón, no hacen más que cumplir con su deber. Vamos ahora mismo a su casa: anda. (Mutis de los dos. Enseguida aparece JOAQUIN.)

JOAQUÍN. Desde que me enteré que la boticaria tiene dos mil duros, estoy que no vivo. ¡Pura! ¡Pura! (Aparece Pura.)

PURA. ¿Eres tú?

JOAQUÍN. Yo, que no puedo vivir sin verte.

PURA. Toma un caramelo de menta. ¿Te gusta la menta?

JOAQUÍN. ¿Y qué eres tú, sino un caramelo de menta?

PURA. ¡Adulador!

JOAQUÍN. Tengo que pedirte un favor y no me atrevo...

PURA. ¡Pídemelo, pídemelo!

JOAQUÍN. Me da vergüenza.

PURA. Conmigo no debes tener vergüenza ninguna; yo no la tengo.

JOAQUÍN. ¡Ya lo sé!

PURA. Los que se quieren, dejan la vergüenza a un lado.

JOAQUÍN. Pues bien; dame un beso.

PURA. ¡Joaquinito!

JOAQUÍN. Uno solo.

PURA. ¡No, no, no!

JOAQUÍN. Anda, nena.

PURA. ¡No, no, no! ¡A la noche!

JOAQUÍN. ¿Me lo juras?

PURA. Te lo juro.

JOAQUÍN. ¿Por quién?

PURA. ¡Por... mis hijos!

JOAQUÍN. ¿Cuántos tienes?

PURA. ¡Joaquinito! ¡Me insultas! ¡Me ofendes! ¡Yo soy pura!

JOAQUIN. ¡Ya sé que eres pura, Pura! Ha sido una pura broma. He querido decir, que cuántos tienes en la imaginación...

PURA. ¡Uno cada año!

JOAQUIN. ¡Bendita seas! (Aparte.) ¡La enveneno!

PURA. ¡Que viene gente! Hasta la noche. (Mutis.)

JOAQUÍN. Hasta la noche. En cuanto gaste el dinero de su dote, a presidio. ¡Que voy a presidio, es viejo! (Aparece Bastián.)

BASTIÁN. ¡Joaquín!

JOAQUIN. Hola, Bastián... ¿Qué pasa?

BASTIÁN. Que vengo a verte; mi costilla echó al mundo el mes pasao, otro churumbé...

JOAQUÍN. ¿Otro?

BASTIÁN. Otro, y van once. Me ha dao Dios una mujer, que le digo: «Pastora, que te voy a rompé una pata». ¡Y como si ná! A los nueve meses, la Pastora me aumenta el rebaño.

JOAQUÍN. ¿Y cómo pueden ustedes vivir? Porque tú no trabajas ni por una porfía.

BASTIÁN. ¡Cómo quieres que trabaje, Joaquín de mis entrañas, si tengo un reuma en las piernas que no pueo moverme!

JOAQUÍN. ¿Que no puedes moverte? ¿Po y esos once *hijos?* ¿Los vas a dejar que se mueran de hambre?

BASTIÁN. Ellos se las buscan ya mangando. (Se rasca la cabeza con exageración.)

JOAQUÍN. ¿Qué haces, hombre? Estate quieto.

BASTIÁN. Es que cuando me pica la cabeza, es señal de agua.

JOAQUÍN. Po en vez de paraguas, te compras un peine. Bueno: dí lo que quieres, que tengo que hacer.

BASTIÁN. Preguntarte cuánto me llevará el cura por bautizarme el número *once*.

JOAQUÍN. Según como se vista el cura; con capa, tres duros; con roquete y estola, treinta reales.

BASTIÁN. ¿Según como se vista el cura?

JOAQUÍN. Sí.

BASTIÁN. Po a vé si me lo pué bautizá en cueros vivo... ¡Porque no tengo un céntimo!

JOAQUÍN. Ven conmigo a la Iglesia y hablaremos con D. Manuel.

BASTIÁN. Vamos pa la iglesia. No hay en la tierra un hombre más desgraciao que yo. ¡Con once hijos y un reuma que no pueo moverme!

JOAQUÍN. ¿Reuma, o flojera?

BASTIÁN. ¡Reuma, Joaquín!... ¡Reuma! (Mutis. Enseguida aparece Juan y D. Salvador.)

D. SALV. Yo creo que debes irte al cortijo: cuando yo hable con él te comunicaré el resultado.

JUAN. ¡D. Salvador! Como ese bandido se niegue a reparar la honra de mi sobrina, como hay Dios que lo tumbo de un tiro.

D. SALV. La violencia, no.

JUAN. Estoy decidido. Mire V. (Enseña un revólver.)

D. SALV. Trae ese arma.

JUAN. He dicho que lo mato y lo mato.

D. SALV. Te suplico que me dejes a mí; todo se arreglará; dame el revólver. Tráelo. (Se lo quita.) No conviene que tú presencies la entrevista. Ya sale él; espérame en mi casa. Anda.

JUAN. Hasta luego, D. Salvador. (Mutis.)

D. SALV. Yo creo que por mucha maldad que tenga ese hombre, no ha de negarse a... (Aparece D. Antonio por la Farmacia.) ¡D. Antonio! Deseo hablar con V...

D. ANT. ¿De qué?

D. SALV. Vengo en representación de Juan: del aperador de su cortijo.

D. ANT. ¿Asunto de trabajo?

D. SALV. Asunto de honra.

D. ANT. ¿Es V. maestro, o abogado?

D. SALV. Soy un *hombre* de justicia.

D. ANT. Hablaremos de ese asunto. Pero le advierto que ya me tiene muy harto, y en esta ocasión no va V. a tener más remedio que demostrar que es un hombre.

D. SALV. Lo demostraré como hasta aquí. ¡Las acciones son el mejor testimonio de las palabras!

D. ANT. ¿Vamos?

D. SALV. ¡Vamos! Pero procure ponerse a tono. (Entran por la puerta del Casino.)

TELÓN

Cuadro segundo

Han transcurrido quince días del cuadro primero al segundo. La escena representa el Casino del pueblo; a la izquierda del espectador, puerta practicable; al fondo la entrada; el Casino está amueblado con relativo lujo; son imprescindiblemente necesarios dos mesas de tresillo o veladores, sofás, sillones, sillas y alfombra. Al levantarse el telón aparecen ante el velador de la izquierda don FEDERICO y SOCIOS primero y segundo, jugando al tresillo; ante el velador de la derecha, el BOTONES ojea un periódico ilustrado: Enseguida aparece JOAQUIN con un bastón estoque, sentándose al lado del Botones.

BOT. ¿Qué pasa? Te veo mosca...

JOAQUÍN. Vengo de avisar al Juez de guardia.

BOT. ¿Al Juez? ¿Para qué?

JOAQUÍN. Para que levante un muerto.

BOT. ¿Para que levante un muerto?

JOAQUÍN. Sí, un muerto.

BOT. Para eso no hace falta el Juez. ¡Cuántos muertos se levantan... (Señalando a una puerta.) en ese salón y nunca ha hecho falta su presencia!

JOAQUÍN. Esos están autorizados; pero a este, lo autorizo yo para que se muera en cuanto lo vea.

BOT. ¿Y de quién se trata?

JOAQUÍN. Del Boticario. Lo mato antes de diez minutos. ¡Mira!

BOT. ¡Un estoque!

JOAQUÍN. En cuanto se presente y se cuadre, aprovecho y le meto un bajonazo.

BOT. ¡Tú exageras!

JOAQUÍN. A no ser que me pague este recibo... Lee, lee. (Le da un papel.)

BOT. (Leyendo.) «D. José Pérez, debe: Por pelar la pava con su hermana doce noches: doce pesetas. Por doce besos que me ha soltao, doce pesetas».

JOAQUÍN. ¡Eso es regalao!

BOT. «Por doce purgantes que he tenido que tomar, doce pesetas. Total: treinta y seis pesetas». ¡Qué recibo más raro! ¿Pero ya no te casas con Purita?

JOAQUÍN. ¡Si no tiene una gorda! ¡Si lo de los dos mil duros, es un cuento de las mil y pico de noches!

BOT. ¡Pobre boticaria! ¡Tan colá como estaba!

JOAQUÍN. ¡Ya está aquí! ¡Vete! (Aparece D. José.)

D. JOSÉ. Hola, cuñado. (Mutis del Botones.)

JOAQUÍN. Hola...

D. JOSÉ. ¿Qué significa ese bastón?

JOAQUÍN. Siéntese. ¡Este bastón es el Santóleo!

D. JOSÉ. ¡Caramba!

JOAQUÍN. Anoche me enteré que su hermana no tiene una peseta. Y como he sido engañado como un chino, o me paga V. los perjuícios, o lo descabello a pulso. ¡Ahí va el recibo!

D. JOSÉ. (Después de leerlo.) ¡Tú estás loco!

JOAQUÍN. ¡Que voy a presidio!

D. JOSÉ. ¿Pero ya no te casas con mi hermana?

JOAQUÍN. Ni pensarlo. Antes me suicido.

D. JOSÉ. ¡Tanto como te quiere!

JOAQUÍN. ¡No quiero tener una abuela más!

D. JOSÉ. ¡La matas del disgusto!

JOAQUÍN. Pues le acompaño en el sentimiento. O me paga usted el recibo, o propago por el pueblo que su hermana me ha dado doce besos.

D. JOSÉ. Ten un duro. Ya te iré pagando. Pero que te conste que abusas.

JOAQUÍN. Antes abusó V. de mí. Y dele gracias a Dios que me enteré a tiempo; porque si me veo casado con el mochuelo de su hermana y sin un real, no hay quien me quite la cadena perpetua.

D. JOSÉ. ¡Bueno, bueno!... Como que si mi hermana tiene dos mil duros, la dejo yo que se case contigo. ¡Con lo vicioso que eres!

JOAQ. No quiero discutir. Me debe V. treinta y una pesetas. (Se sienta a ver jugar al tresillo.)

D. FED. ¿Quieres jugar, Joaquín?

JOAQ. Gracias, D. Federico.

D. FED. Anda, hombre; mira: ahí te dejo varias pesetas, juega por mí.

JOAQ. Por V., sí jugaré... (En el sitio de D. Federico se sienta Joaquín, que continuará jugando con los Socios 1.º y 2.º; D. Federico se sienta al lado de D. José.)

SOC. 1.º Tú las das, Joaquinito.

JOAQ. ¿Cuál es el palo favor?

SOC. 1.º Bastos.

D. JOSÉ. ¿Cómo le ha ido?

D. FED. Bien.

D. JOSÉ. Ya me he enterado que se batió V. hace unos días en Córdoba. ¿Qué pasó? Alguna quijotada de usted...

D. FED. V. lo ha dicho; se discutía en el Casino el honor de las mujeres; todos los de la reunión ponían como un trapo a la bella mitad; pero uno de ellos—luego supe que era Marqués—se ensañaba de tal manera, decía unas cosas tan repugnantes, afirmaba tales obscenidades, que, sin poderme contener, fustigué irónicamente al Marqués imbécil; éste se dió por ofendido, y quedó concertado el duelo.

D. JOSÉ. ¡Batirse por todas las mujeres! ¡Qué locura!

D. FED. Batirse por una mujer, es un acto vulgarísimo; batirse por todas las mujeres, es original y caballeresco; pero en este pobre país, donde abundan tanto los «Sanchos», causa extrañeza y burla que surja un «Quijote».

D. JOSÉ. No: si yo le admiro a V.; tiene V. corazón, simpatía y talento. ¡Lástima que no ejerza su carrera!... Sería un médico notable. ¿Por qué tomó tal resolución?

D. FED. Debido a un gran fracaso. Al mes de obtener el título, un señor de Córdoba solicitó mis servicios: su señora estaba encinta; éramos tres los llamados a consulta; yo opiné que se moría el hijo; un compañero, que se moría la madre, y el otro, que morirían los dos.

D. JOSÉ. ¿Y qué pasó?

D. FED. Que la madre y el hijo se salvaron.

D. José. ¡Os equivocasteis los tres!

D. Fed. ¡Los tres!... Pero mis compañeros eran viejos; ya habían tenido grandes aciertos y resonantes triunfos; yo, joven, en el apogeo de mis facultades, lleno de fervor y de ilusiones, al considerar la magnitud de mi fracaso, sentí tal desconsuelo, sufrí tan inmensa decepción, que abandoné la carrera.

D. José. Es V. un escéptico. (Aparece D. Salvador por el fondo.)

D. José. ¡Caramba, D. Salvador! ¡Siéntese V.! (Se sienta.)

D. Fed. ¿Qué se cuenta, querido D. Salvador?

D. Salv. ¡Qué voy a contar! ¿Qué se puede contar de este pueblo? Pequeñas pasiones, egoísmos, envidias y maldades; no me levanto un día, que no me enteren de una sin razón; nunca se da en este pueblo una demostración de bondad; jamás tuve noticias de alguien que se condujera con lealtad y nobleza; exceptuando la persona de V., D. Federico; V. es un huésped a quien yo admiro y respeto.

D. Fed. Gracias, D. Salvador.

D. José. ¿Y yo?

D. Salv. ¿Usted? V. no tiene más falta, que la falta de dinero; si V. poseyera bienes de fortuna, seguramente no daría en sus productos farmacéuticos gato por liebre.

D. José. Protesto.

D. Salv. No proteste; poseo el convencimiento absoluto, de que gasta una cantidad excesiva de agua.

D. Fed. ¡Como que creo que está secando el pozo!

D. José. Bueno, señores: en vista de que me estáis tomando el pelo, me retiro. Buenas tardes. (Mutis.)

D. Salv. El es el que le está tomando el pelo a la gente.

D. Fed. Yo no sé cómo soporta V. a esta manada de lobos.

D. Salv. Ya hace tiempo que he debido marcharme, pero no quiero proporcionarles esa alegría; he decidido que me despedacen, antes de que crean que les tengo miedo.

D. Fed. ¿Quiere V. tomar café?

D. Salv. Muchas gracias; he venido solamente a hablar con D. Antonio.

D. Fed. ¿Con el cacique? Mucho cuidado. Ya sé que días pasados tuvieron ustedes una discusión violenta. Témalo todo de ese hombre... Según tengo entendido, el origen de la acalorada discusión, se debía a un abuso brutal de ese bandido...

D. Salv. Es muy cierto.

D. Fed. ¿Y cómo teniendo su hijo relaciones con Luisa, la hija de ese hombre despreciable, rompe V. una lanza en contra de su probable pariente?

D. Salv. El hombre honrado que por conveniencias tolera un acto delictivo, ni es hombre, ni honrado.

D. Fed. Pienso lo mismo que V.

D. Salv. Si un individuo realiza un acto punible y tal acto ni nos perjudica ni nos beneficia, al colocarnos en contra del autor, no tiene nuestra actitud mérito alguno; pero si el acto nos perjudica y apelamos a la influencia, al dinero, a esfuerzos sobrehumanos para que el delito no se castigue, entonces, nos revelamos como egoístas y como malvados. ¡Otra sería España si todos los hombres cumplieran con su conciencia, haciendo caso omiso del beneficio o del perjuício que pudiera ocasionarles una falta, un abuso o un crimen.

D. Fed. Me encantan sus teorías, D. Salvador.

D. Salv. Es que yo no lo dejo en teorías.

D. Fed. Ya lo sé. (Aparecen por la puerta del fondo dos artistas ridículos: El viste ropas deterioradas: Ella, se toca con un sombrero risible. Son dos *artistas* que buscan el pan por Teatros y Casinos de pueblos de tercera clase. El arte, a pesar de que se llaman artistas, queda absolutamente en las tinieblas. Se llaman respectivamente FERNANDO e ISABEL, como los Reyes Católicos.)

Fern. ¿El Presidente del Casino?

Joaq. Tarda poco, podéis esperarle.

Fern. (Avanzando hasta la mesa donde juegan.) Señores, mi señora y yo, formamos un dueto sensacional: un servidor imita a los oradores, a los toreros, a las estrellas, a los ani-

males; cuando rebuzno, cacareo, relincho o maúllo, doy la sensación de que soy un verdadero animal.

JOAQ. ¡Caramba!

FERN. Mi bella mitad canta romanzas filosófico poéticas, con un gusto, con un arte, con una delicadeza, que electriza. Yendo de paso para los Estados Unidos, deseamos dar un concierto en el Casino de este pueblo, con el fin de obtener recursos para la continuación de nuestro viaje.

SOC. 1.º ¿Y su señora canta?

FERN. Como un ruiseñor; cuando hay piano ella misma se toca; no habiendo piano, canta sin tocarse; ahora que le gusta más que le toquen...

JOAQ. ¡Naturalmente!

FERN. Si desean los señores escucharla, mientras viene el Presidente, algo alegre... Un fox trot, por ejemplo.

SOC. 1.º Con mucho gusto.

SOC. 2.º ¡Ya lo creo!

FERN. Isabel: aruya a estos señores.

ISAB. ¿Qué interpreto, Fernando?

FERN. «¡Qué dulce es el amor!»

JOAQ. ¡Verdad que es dulce!

FERN. Es el título, señor.

JOAQ. ¡Ah, ya!

D. FED. ¿Seguiremos hablando en la biblioteca?

D. SALV. Vamos. (Mutis de don Salvador y de don Federico. Al empezar Isabel su canción, que la cantará como para que la lynchen, van apareciendo algunos socios por el fondo y por las puertas practicables.)

MÚSICA

I.

ISAB.

El cine nos entusiasma
de manera sin igual
cada vez más gusta,
cada vez más, cada vez más.
Empieza, operador,

¡que grande es mi ansiedad!
¿no ves temblar mi corazón
cada vez más, cada vez más?
El cine es mi ideal,
el cine es mi ilusión;
operador, empieza ya,
empieza, operador.
Ya se apagó la luz
¡qué grata obscuridad!
me mata la emoción:
ya va a empezar, ya va a empezar.

TODOS. Ya se apagó la luz
¡qué grata obscuridad!
me mata la emoción:
ya va a empezar, ya va a empezar.

II.

ISAB. Juan Manuel tiene una novia
y al cine la lleva él;
y exclama emocionada:
¡ay Juan Manuel!, ¡ay Juan Manuel!
Empieza, operador,
dice nervioso él;
y ella dice con emoción:
¡ay Juan Manuel!, ¡ay Juan Manuel!
Los mata la ansiedad,
la luz ya se apagó,
la novia al fin exclamará
henchida de emoción:
¡Por Dios no abuses más,
no abuses, Juan Manuel,
por Dios, déjame ya
nos van a ver, nos van a ver!

TODOS. ¡Por Dios no abuses más,
no abuses, Juan Manuel,
por Dios, déjame ya
nos van a ver, nos van a ver!

HABLADO

FERN. Ya habéis visto cómo canta mi señora; cómo matiza, cómo vocaliza, cómo hipnotiza, cómo... como con el cante; mi señora fabrica arte, expele arte, no exajero si digo que suda arte. Y en cuanto a mí, es una inmodestia que me bombee, pero soy un imitador sugestivo. (En este momento aparece don Antonio.) Imito el ladrido del amigo del hombre y el público exclama entusiasmado: ¡Qué perro! Imito el trino del ruiseñor y la concurrencia dice electrizada: ¡Qué pájaro! Imito el gruñido del cerdo y el auditorio grita emocionado: ¡Qué cochino! (Señalando al Presidente.)

D. ANT. Póngase V. en la calle con una rapidez vertiginosa, para que yo exclame: ¡Qué liebre!...

JOAQ. ¡El Presidente!

FERN. ¡Señor!

D. ANT. ¡A la calle! En el pueblo hay Teatro: entiéndase con el empresario.

FERN. ¡Señor!

D. ANT. ¡A la calle!

FERN. Tengo el honor de presentarle a mi señora; la reina de la romanza.

D. ANT. ¡A la calle!

FERN. Es una descortesía...

D. ANT. ¡Si prefiere ir a la cárcel!

FERN. Vamos, Isabel: este Presidente es un cuadrúpedo. Protestaré en la prensa. (Mutis de Fernando e Isabel.)

D. ANT. (A Joaquín.) ¿No le tengo dicho infinidad de veces que no quiero verle por este Casino?

JOAQ. ¡Don Antonio!

D. ANT. ¿Es V. socio?

JOAQ. No señor.

D. ANT. Pues que no vuelva a suceder; márchese inmediatamente.

JOAQ. (Aparte.) ¡Valiente tío! (Mutis.)

D. Ant. (Al Botones.) ¿Tú no sabes que el sacristán es del otro Casino?

Bot. Sí, señor.

D. Ant. ¿Entonces por qué le permites la entrada? En cuanto vuelva a ocurrir, estás despedido. (Van haciendo mutis los curiosos. Salen don Salvador y don Federico quedando los personajes de la siguiente forma: Socios 1.º y 2.º charlando ante la mesa donde jugaban; don Federico y don Salvador, ojeando periódicos; don Antonio lee una carta, y el Botones espera órdenes ante la puerta de la derecha. Hay una gran pausa.)

D. Ant. (A don Salvador.) ¿Viene V. a hablarme?

D. Salv. Sí, señor.

D. Ant. Con su permiso, don Federico.

D. Fed. ¡Ya lo creo! (Don Salvador y don Antonio se disponen a hablar, retratándose en sus rostros respectivos, una agresiva seriedad. Don Federico se une a los Socios 1.º y 2.º.

D. Ant. Usted dirá.

D. Salv. Ya sabe del asunto que vamos a ocuparnos.

D. Ant. Ni una palabra.

D. Salv. Del asunto de la sobrina de Juan.

D. Ant. ¡Ah, sí!

D. Salv. Quince días de tregua se tomó V. para pensar la solu ción.

D. Ant. Sí.

D. Salv. Ayer se cumplieron los quince días.

D. Ant. ¿Y qué?

D. Salv. Que vengo en representación del tío de esa pobre muchacha, a saber su última palabra.

D. Ant. Necesito otros quince días.

D. Salv. Es imposible que se le concedan.

D. Ant. ¿Porque V. no quiere?

D. Salv. Porque no quiere Juan.

D. Ant. Observo que me está hablando en un tono que califico de incorrecto, por no darle otro nombre.

D. Salv. Le suplico no se desvíe del asunto, que necesariamente ha de solucionar.

D. Ant. Pues bien; me niego en absoluto a solucionar el asunto.

D. SALV. ¿No rectifica V?

D. ANT. Me ratifico en lo dicho.

D. SALV. Entonces me veo obligado a presentar en el Juzgado la denuncia consiguiente.

D. ANT. V. no hará lo que dice.

D. SALV. Palabra de honor que mañana se encargarán del asunto los Tribunales de Justicia.

D. ANT. ¿ V. no se da cuenta de que sus impertinencias me están poniendo nervioso?

D. SALV. ¿Es una amenaza?

D. ANT. ¿Y si lo fuera?

D. SALV. Sólo me causaría risa.

D. ANT. Me parece que no le va a dar lugar a reirse.

D. SALV. ¿Cómo piensa impedirlo?

D. ANT. Así. (Se levanta y le da una bofetada a don Salvador. Luchan un momento en la esceaa y desaparecen luchando por la puerta cercana. Enseguida se oye un disparo. Aparecen primero por las diferentes puertas, algunos socios. Inmediatamente aparece don Salvador, despeinado, con el cuello de la camisa roto y en una actitud trágica.)

D. FED. ¡Don Salvador!

D. SALV. Le maté. Me humilló; me golpeó; me agredió... ¡Le maté! ¡Yo lamento mucho que Dios no haya puesto en mi pecho el corazón de un cobarde!...

TELÓN

Cuadro tercero

La misma decoración del cuadro primero. Al levantarse el telón aparecen sentados ante la puerta del Casino D. FEDERICO y SOCIO 1.°

SOC. 1.° Con V. no se puede discutir, D. Federico.

D. FED. Entonces, ¿por qué discute V.?

SOC. 1.° Es que se permite V. unas afirmaciones y unos razonamientos tan retorcidos y tan ilógicos, que el que los escucha, se ve precisado a refutarlos.

D. FED. ¿Son ilógicos mis razonamientos?

SOC. 1.° Indudablemente. ¿Mató D. Salvador al cacique?

D. FED. Sí.

SOC. 1.° ¿A los tres días, se suicidó el maestro en la misma cárcel?

D. FED. Sí: se suicidó.

SOC. 1.° Entonces, ¿cómo opina usted que deben seguir queriéndose los hijos del asesino suicida y del asesinado?

D. FED. Se deben seguir queriendo. Son irresponsables. ¿Qué culpa tienen los hijos, de los crímenes que realicen los padres?

SOC. 1.° Ninguna; pero la unión de la hija de D. Antonio con el hijo del maestro, resultaría odiosa y repugnante.

D. FED. Tal unión resultaría hermosa, porque se burlaría de prejuícios estúpidos.

SOC. 1.° No estoy conforme.

D. FED. Silencio. El se acerca.

SOC. 1.° Yo no quiero verle. Me conmueve su infortunio. (*Mutis por el Casino. Aparece Jesús vestido de negro; viene agobiado por la pena y el desaliento.*)

JESÚS. ¡D. Federico!

D. FED. ¡Jesús! (*Se abrazan.*) Animo; comprendo toda la magnitud de tu pena, pero el hombre es impotente contra los hechos consumados.

JESÚS. Yo debía seguir el ejemplo de mi padre; matarme también.

D. FED. No pienses locuras.

JESÚS. Locuras pienso día y noche.

D. FED. ¿Luisa?

JESÚS. No la he vuelto a ver.

D. FED. ¿La sigues queriendo?

JESÚS. Ahora, más que nunca. ¿Hago mal?

D. FED. ¿Te remuerde la conciencia?

JESÚS. No.

D. FED. Entonces, no haces mal.

JESÚS. Pero mi cerebro ha vencido a mi corazón; las ideas bastardas y ruínes, han triunfado de los nobles sentimientos; las preocupaciones sociales y la rutina asquerosa, han clavado sus zarpas en mi espíritu y carezco de fuerza para rebelarme y defenderme. Dentro de un cuarto de hora, salgo para siempre de este maldito pueblo.

D. FED. ¿Solo?

JESÚS. ¡Solo!

D. FED. ¡Sin despedirte de ella?

JESÚS. ¿Para qué? En un vuelo voy a recoger unos papeles del Ayuntamiento e inmediatamente me dirijo hacia la estación.

D. FED. Anda; te acompaño. (Mutis de ambos. Enseguida aparece Pura; llega hasta la puerta del Casino.)

PURA. ¡Pepe! ¡Pepe! ¿No estará? (Aparece Joaquín y con las manos le tapa los ojos a Pura.) ¿A que sé quién eres?

JOAQ. ¿A que no?

PURA. Eres Joaquinito... (Le quita las manos de los ojos.)

JOAQ. ¡Soy el cólera!

PURA. ¿Qué dices?

JOAQ. ¡Infame! ¡Adulterada!

PURA. ¡Joaquinito, por Dios! ¡Que no me llega la camisa al cuerpo!

JOAQ. ¡Tu camisa sabe lo que hace!

PURA. ¡Joaquinito!

JOAQ. ¡Ven aquí, so vil! ¡So pérfida! ¡So elefante! ¿Conque tienes dos hijos en el hospicio de Córdoba?

PURA. ¿Yo dos hijos?

JOAQ. ¡Tú! ¡Si los he visto! ¡Si son tu mismo retrato!

PURA. ¡Joaquinito, que me entra! ¡Que me entra!

JOAQ. ¡Eso es lo que tú quisieras! ¡Desmayarte! Pero con lo que tú comes, no te desmayas...

PURA. ¡Que me da! ¡Que me da!

JOAQ. ¡Hipócrita! ¡Perjura! ¡Cataplasma! (Pura finge un desmayo. Aparece D. José.)

D. JOSÉ. ¿Qué pasa?

JOAQ. A su hermana que le ha dado un síncope...

D. JOSÉ. ¡Hermana! ¡Pura! ¿Pero, qué ha ocurrido?

JOAQ. Que hemos roto las relaciones.

D. JOSÉ. ¡Bandido!

PURA. ¿Dónde estoy?

D. JOSÉ. Serénate; vamos a casa.

PURA. ¡Dos hijos en el hospicio!

D. JOSÉ. ¡Desprécialo! ¿No te da vergüenza, hombre? ¡Te ibas a casar con esta infeliz y tienes dos hijos en el hospicio?

PURA. No: ¡si dice que los dos hijos son míos!

D. JOSÉ. No llores... Eso lo inventa para reñir contigo; te deja plantada, porque eres pobre.

PURA. ¡Miserable! ¡Canalla! ¡Cochino!

D. JOSÉ. ¡Y no te doy ni un céntimo más! ¡Ladrón!

PURA. ¡Sacristán! (Hacen mutis por la Farmacia D. José y Pura.)

JOAQ. Si me caso con esa ballena, me busco un *lío;* no me quedaba más recurso que presentarla por las ferias de los pueblos como un fenómeno. ¡A quince céntimos, niños y militares! Entraremos en el Casino; ahora estoy seguro de que no me echa D. Antonio. (Mutis. Aparecen D. Federico y Jesús: éste trae en la mano un maletín de viaje.)

JESÚS. No se moleste, D. Federico; yo cogeré el coche en la plaza.

D. FED. Para mí no es molestia; es verdadero gusto.

JESÚS. Como quiera. (Aparece Luisa vestida de negro. Los días de sufrimiento y de dolor, han impreso en su semblante una palidez que la hermosean y transfiguran.)

LUISA. ¡Jesús! (Llorando.)

JESÚS. ¡Luisa! (Conteniéndose para no romper a llorar.)

LUISA. ¿Te marchas del pueblo?

JESÚS. La fatalidad nos separa.

LUISA. ¿El no despedirte siquiera, también lo motiva la fatalidad?

JESÚS. Hacía mal. ¡Perdóname!

D. FED. Despídanse. Mientras esperaré en el Casino.

JESÚS. No se vaya, D. Federico. Tanto Luisa como yo, tenemos en V. absoluta confianza; sabemos cuánto nos quiere, con un cariño sincero y grande; no se vaya.

D. FED. No me iré. Vamos, acércate a ella, Jesús.

JESÚS. Adiós, Luisa. (Se estrechan las manos.)

LUISA. Adiós, Jesús.

JESÚS. Ten el convencimiento absoluto, que eres la única mujer que he querido; te he querido con pasión, con locura, con idolatría.

LUISA. ¡Lo sé, Jesús!

JESÚS. Y ten la certidumbre de que me marcho de este pueblo sin ilusiones, sin fe, con el alma rota. En este mundo, jamás veré de cerca la felicidad.

LUISA. Más infortunio es el mío; tú, al menos, lucharás en otras tierras; trabajarás para reconquistar renombre, y esa lucha y ese trabajo, irán poco a poco haciéndote olvidar dolores; poco a poco, el olvido y la distancia lograrán borrar de tu cerebro y de tu corazón, hasta el recuerdo de que yo existo: en tanto, yo, viviendo en este maldito pueblo sola, sin afecto, sin cariño, consumida por la pena y por el llanto, tendré como único consuelo y como suprema esperanza, esperar a la muerte, para que termine con la desesperación de mi vida.

JESÚS. Veo en tus palabras un reproche.

LUISA. Es que me rebelo; es que no me resigno a ser siempre desdichada.

JESÚS. Hay un medio, uno solo, para burlar a la fatalidad.

LUISA. ¿Un medio?

JESÚS. Sí; pero si a ti no se te ha ocurrido, nunca seré yo el que te lo sugiera; no debo inducirte a dar un paso del que quizás algún día pudieras arrepentirte.

LUISA. Ya sé del medio que me hablas.

JESÚS. Entonces comprenderás que se necesita demostrar una gran valentía.

LUISA. La tengo.

JESÚS. Y por último, hace falta un corazón de heroína, para arrostrar la maledicencia. Y para acallar hasta la conciencia si llega algún día a remorderte.

LUISA. Estoy dispuesta a todo...

JESÚS. Pues no tienes más que decir la frase bendita que ha de llenarme el alma de gloria y de ventura.

LUISA. ¡Jesús!... ¡Te quiero! ¡Llévame contigo!...

JESÚS. ¡Bendita seas, Luisa! Sí, te llevaré conmigo y seremos felices... Y cuando algún malvado o algún hipócrita, con la mirada o con el gesto, intente recordarnos la tragedia horrible de nuestros padres, le escupiremos a la cara nuestro desprecio.

LUISA. ¡Jesús!

JESÚS. ¡Luisa! (Se abrazan.)

D. FED. (Secándose las lágrimas.) ¡Así!... juntos para siempre... Yo, que soy un hombre de honor y de conciencia, os aseguro que no es culpable vuestro cariño. Ahora conviene evitar el escándalo y la indignación que seguramente ha de producir vuestra huída. Lo más acertado, es que os marchéis inmediatamente, y que yo me encargue de solucionar vuestros asuntos.

JESÚS. Ha pensado bien don Federico.

D. FED. Tenéis los minutos contados.

JESÚS. Vamos.

LUISA. Vamos, sí. (Al hacer mutis aparecen en la puerta del Casino don José y Socios 1.° y 2.°; después de las primeras frases, aparece Pura por la puerta de la Farmacia, el Botones y el Sacristán por el fondo y algunos socios más.)

MÚSICA

En tanto que los personajes hablan, sonarán muy tenues las notas de este último número musical, que queda al buen juício del compositor.

SOC. 1.º No deben irse, ni V., don Federico, debe proteger esa huída, porque el cariño de Jesús y de Luisa está maldito.

SOC. 2.º Ese cariño no lo puede bendecir la Iglesia; no pueden autorizarlo los hombres, ni legalizarlo...

PURA. ¡Es un sacrilegio!

JOAQ. Ya habló la cotorra.

D. FED. ¿Pero qué están Vdes. hablando? No será admisible la unión de ellos en un pueblo donde predominan las preocupaciones, las sombras y las hipocresías; pero en un pueblo libre, en un pueblo de hombres exentos de prejuicios y de rutinas, en un pueblo sin supersticiones, el cariño de estos muchachos es admisible, es legal y es santo.

JOAQ. Yo, que pertenezco a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana, digo que ese cariño no constituye pecado; y lo afirmo aquí, delante del Rey, y delante del Papa, y delante de San Pedro. He dicho.

SOC. 1.º Serán Vdes. excomulgados.

JESÚS. Es inútil que continuéis amontonando frases, porque no habéis de conseguir ni amedrentarnos ni preocuparnos siquiera. ¿Me quieres, Luisa?

LUISA. ¡Te quiero!

JOAQ. ¡Olé!

JESÚS. Pues si tú me quieres y te quiero yo, ¿qué nos importan los graznidos de estos cuervos?

JOAQ. ¡Olé!

JESÚS. Nos vamos donde se respire un aire de amor mutuo, de paz y de justicia. Allá lejos, muy lejos, donde una sociedad libre de estúpidos prejuicios nos juzgue Irresponsables. ¡A ver si hay quien lo impida! (Se dirige con ella, impetuosamente, hacia la derecha, y)

TELÓN

Obras del mismo Autor

Carnavalinas, apropósito en un acto.

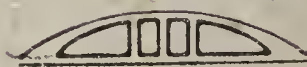
Hombre de gracia, entremés.

La guitarra, apunte de sainete de costumbres gitanas, en un acto.

Y en colaboración con D. José García Olivares, *Las espadas de fuego,* sainete en un acto y tres cuadros.

Estrenadas en el Teatro del Duque.





Precio: 1'50 Pta.

